



Un nombre ilustre en

Diputados

AZAZA DE JUAREZ

El Presidente Díaz Ordaz
enaltece a la mujer mexicana

CD
NE1
799n 1966
j.1 (02-8804)
IB. NO. 2



02-8804



100699

St
Cull

El nombre de doña Margarita Maza de Juárez en la Cámara de Diputados

LIBRERIA DEL H. CONGRESO DE LA UNION



El presidente Díaz Ordaz
enaltece a la mujer mexicana

BIBLIOTECA DEL H. CONGRESO DE LA UNION

**BIBLIOTECA LEGISLATIVA
INVENTARIO
2008-2009**

BIBLIOTECA DEL H. CONGRESO MEXICO D. F.	
Adq.	028804 <i>81</i>
Clasf.	<i>HCD ANE 2</i>
Cotter.	<i>N 79 1/2</i>
Núm.	<i>1952</i>

SL

1. Hora de la tarde, 2. Hora de la noche, 3. Hora de la mañana

INVENTARIO 2015

EL NOMBRE DE DOÑA MARGARITA MAZA DE JUAREZ EN LA CAMARA DE DIPUTADOS

El 23 de diciembre de 1966, el Presidente de la República, ciudadano Gustavo Díaz Ordaz, envió a la Cámara de Diputados una iniciativa para que fuese inscrito con letras de oro en los muros del recinto legislativo el nombre de doña Margarita Maza de Juárez, esposa y compañera de quien ha ganado en la historia de México, por títulos indisputables, el alto rango de prócer y segundo padre de nuestra nacionalidad.

Con esta proposición el Presidente Díaz Ordaz reafirmó su convicción juarista y su fe en todo lo que Juárez representa como valor político y moral, sentimiento del que no podía excluir, como él mismo lo expresó, a la esposa del señor Juárez, ilustre dama que desde su unión matrimonial y en las luchas y fatigas que tuvo al lado del Benemérito, en el curso de una vida tan fecunda como azarosa, convirtiéndose en una peculiar combatiente de la causa a la que su eminente marido consagró esfuerzo, capacidad y perseverancia.

Se recordará que uno de los más emotivos mensajes del ciudadano Díaz Ordaz en su campaña electoral de 1963-64 fue dicho en San Pablo Guelatao, cuna de Juárez, en actitud de solemne reverencia cívica, con acento profundamente humano y patriótico, en términos que han quedado como una lección de moral cívica que no sólo las de hoy, sino las generaciones del futuro habrán de tener como motivo de inspiración y norma de conducta. Entre otras frases, dichas en esa ocasión, el ciudadano Díaz Ordaz emitió la siguiente: "se puede ser grande y entregarse al mismo tiempo al festín de la vida. O se es grande, en cuyo caso la vida se entrega a la grandeza o se es siervo del carnaval de las simulaciones".

No sólo de ahora, sino desde que inició su vida de servidor público, Díaz Ordaz ha mostrado ser un fiel, lúcido y resuelto devoto de Juárez. Y no sólo entiende a fondo la causa a la que éste sirvió y los ideales por cuyo triunfo hizo entrega apasionada de su existencia, sino que se ha esfor-

zado, sin afán artificioso de imitación, por hacer de su austera conducta personal una emulación cotidiana de las altas virtudes personales de Juárez.

Fue en él lógico y consecuente, por tales motivos, el haber enviado a la Cámara la citada iniciativa. La vida de doña Margarita Maza no puede desvincularse, en forma alguna, de la del prócer oaxaqueño, pues no sólo compartió con él sus empeños y esperanzas en el seno del hogar, en la entrañable relación de esposa a marido, sino que tuvo a su lado, en la vida pública, actos de consciente colaboración, como aquel en que encabezó a un grupo de damas para recaudar fondos en favor de los hospitales de sangre del ejército republicano. Más tarde habría de sufrir, con temple espartano, el íntimo dolor de la lejanía de su esposo y la nostalgia de la Patria, cuando por azares de la lucha vióse precisada a vivir en Nueva York. Desde allí, no obstante haber perdido a un hijo, entre otras y lacerantes peripecias, doña Margarita nunca tuvo hacia Juárez un lamento, ni menos un reproche, ni siquiera la queja maternal que legítimamente podría haber surgido de su alma herida como el grito de la esposa y la mujer que lamenta la pérdida definitiva de un ser querido, fruto de ambos. Por lo contrario, su correspondencia con don Benito estuvo siempre imbuída en un hondo sentimiento de cariño, de aliento, de ternura y de esperanza.

¡Cuántas veces no se habrá levantado el ánimo del gran indígena al leer las frases estimulantes de su esposa enviadas desde el destierro! No es ésta una simple conjetura. Las cartas de Juárez a su yerno don Pedro Santacilia revelan cómo su carácter, ya firme de suyo, se aceraba más al tener noticias de su esposa y al recibir de ella las cartas que con tanta ansiedad esperaba.

La amargura del ostracismo —porque a tal cosa se equiparó prácticamente la vida de doña Margarita en Estados Unidos— nunca menguó su espíritu, como nunca la amilanaron las adversidades sufridas por Juárez en la etapa santanista, cuando siendo él un perseguido de la tiranía y tuvo que vivir en Nueva Orleans como desterrado, en vísperas de la Revolución de Ayutla, ella se enfrentó a la vida para procurarles pan y abrigo a sus hijos, en medio de pobreza y aflicciones, mientras el marido cumplía sus deberes de liberal y de patriota. Y todo lo hizo sin alarde, sin aspavientos, con suprema sencillez, esa sencillez con que ya victorioso Juárez regresaría a la capital de la República para ocupar a su lado el sitio de Primera Dama de la República, título obtenido tanto por su carácter de esposa del Primer Magistrado del país como por haber encarnado a la mujer que había estado dignamente en su sitio en los días más azarosos para la patria. Doña Margarita no se dejó llevar nunca por meros sentimentalismos de

mujer. Era consciente de la solidaridad que prestaba a su esposo. Por ello, cuando como parte de las Leyes de Reforma se instituyó el Registro Civil, el libro correspondiente, todavía en blanco por los temores y prejuicios de una sociedad atrasada, registró en su primer renglón el nombre de uno de sus hijos, nacido precisamente en el puerto de Veracruz, donde Juárez había expedido la legislación reformista.

Estos y otros atributos fueron significativa y elocuentemente señalados en la proposición del Presidente Díaz Ordaz a la Cámara. En dicho documento el Jefe de la Nación exaltó de manera admirable las virtudes de doña Margarita y expuso con brillantez y profundidad los motivos que lo decidieron a enviar la iniciativa. Por ser ésta, pues, un documento que encierra una alta lección de valor cívico y una enseñanza para las nuevas generaciones, se reproduce a continuación:



El Presidente Gustavo Díaz Ordaz, iniciador del homenaje a
doña Margarita Maza de Juárez

INICIATIVA DEL PRESIDENTE GUSTAVO DIAZ ORDAZ PARA QUE
SE INSCRIBA CON LETRAS DE ORO EN LA CAMARA DE
DIPUTADOS DEL H. CONGRESO DE LA UNION EL
NOMBRE DE DOÑA MARGARITA MAZA DE JUAREZ

“CC. Secretarios de la H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión.

Presente.

En uso de la facultad que me concede el artículo 71 constitucional, en su fracción I, por su digno conducto, presento al ilustrado criterio del H. Congreso de la Unión la presente INICIATIVA por la cual se aspira a exaltar la memoria de doña Margarita Maza de Juárez y de rendir a su acendrado patriotismo parte del justísimo homenaje que le debemos los mexicanos por su callada, activa, inquebrantable y abnegada participación en largos años de prueba para la República, años en que ésta confirmó sus títulos en la Revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma y la desigual lucha contra la intervención extranjera y el falso Imperio.

En Doña Margarita Maza de Juárez concurrieron las más delicadas prendas de mujer y la más conmovedora consagración a quien la hizo su esposa y con el que compartió, no nada más el dramático destino de un hogar castigado por las tribulaciones familiares, sino, ininterrumpidamente y de principio a fin, la inmensa tarea nacional del Benemérito Benito Juárez. Por el sentido mismo de su ejemplar unión conyugal y la íntima conciencia del deber que le tocó cumplir —y que cumplió con la impar majestad de la humildad—, no figura en la reseña de los campeones que con Juárez a la cabeza fundaron la Patria moderna; pero el extremo a que llevó su abnegado ministerio de mujer y de patriota reclama la pública reverencia. No descolló, como otras heroínas de nuestra historia, en acciones que la singularizasen en ninguna área que no fuese la de hacerse gemela, por su humana grandeza y su estoica sencillez.

llez, de quien identificó en sí y encarnó la suerte de México en un instante capital de su marcha.

Dentro de unos cuantos meses, en el curso de 1967, celebraremos el primer centenario de la victoria de la República, de la que dimana el concepto de la actual nacionalidad mexicana, ¿y en tan magno fasto estará ausente, por ignorarla o simplemente reducirla a su pura condición conyugal, la figura de la esclarecida matrona que entregó su existencia a la causa del bien patrio?

No venía aún al mundo, cuando su hogar ofreció refugio a Benito Juárez, mozo de doce años que no era, según sus propias palabras, sino un hijo de 'indios de la raza primitiva del país'. Lo conoció desde el primer albor de sus días y en la flor de su doncellez se unió a él para la gloria y el sacrificio. La gloria y el sacrificio tenían, para Juárez, un nombre concreto: México, y en ese compromiso se fundió doña Margarita y le entregó su ser, su vida misma. Al ser arrojado al destierro el abogado liberal, en plena dictadura de Santa Anna, ella procuró el pan de sus hijos tejiendo ropa humilde, como cualquier otra artesana oaxaqueña. Por ser quien era, la mujer de un apóstol, padeció persecución y no se arredró: ganó el sustento de los suyos tras el mostrador de una insignificante tiendecita de Etna, donde aún la recuerda la tradición matrona prístina e indomeñable. Volvió a reunirse con Juárez, siempre con sus hijos bajo su ala, al triunfo de la Revolución de Ayutla; la dura brega libertaria hacía que todo fuera adverso a la tranquilidad del hogar —en el que la tranquilidad no tuvo nunca residencia duradera—, y al sobrevenir el Golpe de Estado que trató de borrar la Carta Constitucional de 1857, debió volver a su entrañable tierra de origen, en tanto el Reformador recogió la desgarrada bandera de la legalidad y, en función de sus títulos, se constituyó Presidente de la República.

La Guerra de Reforma enfrentó a dos mentalidades inconciliables y Juárez fue el campeón de la causa de los hombres del progreso. La victoria de Calpulalpan no se tradujo en la victoria definitiva, y el enemigo vencido siguió sembrando el terror en el país, y fuera del país, excitando las ambiciones de Europa con fines de intervenir en México. Al producirse la Intervención, doña Margarita fundó una junta que se encargó de reunir fondos para un hospital de sangre. La ocupación de la casi totalidad del país por las fuerzas extranjeras y sus aliados mexicanos, arrojó a Juárez al Norte, con su familia. Dueña la República tan sólo del suelo que pisaba el errabundo carruaje del Presidente, éste en-

vió a doña Margarita —y con ella a sus hijos y a un ilustre varón, su yerno y Secretario, Pedro Santacilia— a los Estados Unidos.

En Washington, la presencia de la noble dama constituyó la representación más íntima y conmovedora de Juárez y de la República.

La muerte también hirió ese hogar. Doña Margarita lloró y enterró a sus muertos queridos, pero el tremendo tributo a su causa no melló, ni con mucho, su temple, y un día de junio de 1867 volvió a la Patria al derrumbarse el quimérico Imperio en Querétaro.

Cuenta la crónica que su viaje de Veracruz a la capital fue triunfal y que el pueblo la recibió en cada estancia con homenaje de flores. Era la dama de México, encarnación también de México en un grado excelso, y la evoco en su dramático existir vestida siempre de luto, aun en el día en que su Patria volvió a ser la que soñó con el Benemérito, libre y soberana. 'Ella supo ya, antes, de persecuciones; entonces, en las peregrinaciones, era cuando su espíritu prodigaba su perfume inagotable de ternura y de bien. Como el viejo soldado al oír el redoble del parche sonrío y se cuadra, así Margarita se transforma en heroína cuando la desgracia tocaba las puertas de su casa'. Así se escribió en el periódico 'La Paz' cuando murió.

Esa fue la mujer a cuya augusta memoria deseo que rindamos homenaje, para que su ejemplo perpetúe las virtudes más entrañables de la mujer mexicana y la retrate en las futuras generaciones.

¡Margarita Maza de Juárez, símbolo de tantas y tantas mujeres —madres, esposas, hermanas, hijas— que supieron cumplir, en grado heroico, sus sagrados deberes para con la Patria, más sublimes cuanto más silencioso e ignorado fue su heroísmo!

Considero un honor someter a la consideración de ese H. Congreso de la Unión, la siguiente

INICIATIVA DE DECRETO

Artículo Unico. Inscríbase con letras de oro, en el Salón de Sesiones de la H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, el nombre de MARGARITA MAZA DE JUAREZ.

Atentamente.

SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.

Palacio Nacional, a 23 de diciembre de 1966.

El Presidente de la República, GUSTAVO DIAZ ORDAZ.



EMOTIVA RESPUESTA DE LA CAMARA DE DIPUTADOS

En la misma sesión donde fue dada a conocer la iniciativa, acogida con el aplauso entusiasta y general de todos los partidos, se alzó de inmediato la voz de una mujer, la diputada Hilda Anderson Nevárez, para ponderar el proyecto del Primer Magistrado.

Con voz entrecortada por la emoción, la diputada Anderson elogió la iniciativa del Presidente. Consideró que entrañaba un acto de innegable justicia y de reconocimiento a las virtudes de la mujer mexicana, personificadas en el más alto grado por la nobleza, la ternura, la templanza y la conmovedora comprensión de doña Margarita Maza de Juárez. De ésta expresó que, sin dejar de ser la mujer de hogar, la madre consagrada al cuidado de los hijos y a la atención del esposo, había sabido compartir las preocupaciones, los ideales, el infortunio y el triunfo de su ilustre marido, siempre con esa dignidad que la distinguió en su vida y con la resolución juvenil de que dio muestras al contraer matrimonio con el indio Benito Juárez, desafiando una tradición secular y sobreponiéndose de modo admirable a los prejuicios de la época, ya que mientras ella era de alto rango social, su contrayente venía de las capas más humildes y oscuras del pueblo, e incluso había aprendido a leer y escribir el español en el hogar de ella.

El aplauso atronador de todos los diputados fue en sí la tácita aprobación a la iniciativa presidencial.

SE ACUERDA LA INSCRIPCION

En la sesión del 27 de diciembre de 1966, y con base en el dictamen favorable emitido por la Primera Comisión de Gobernación de la propia Cámara, presidida por el diputado Alfonso Martínez Domínguez, los diputados aprobaron unánimemente la iniciativa presidencial.

Hicieron uso de la palabra, en apoyo del dictamen, los diputados Jorge Cruickshank García, del Partido Popular Socialista; Felipe Gómez Mont, del Partido Acción Nacional; Jorge Huerta Pérez, Manuel Zárate Aquino y Justina Vasconcelos de Berges, del Partido Revolucionario Institucional.

Cruickshank García, en breve alocución, destacó las virtudes de doña Margarita Maza de Juárez, afirmando que el PPS se sentía honrado al aprobar la iniciativa del Presidente, por justa y merecida.

Gómez Mont, del PAN, dijo que no obstante el criterio de su Partido de que la Cámara de Diputados no está legalmente facultada para emitir juicios de carácter histórico, los diputados panistas votarían en favor del proyecto.

Particularmente encendidos y vehementes, y a la vez ampliamente documentados, fueron los discursos de Huerta Pérez, Zárate Aquino y Vasconcelos de Berges, del PRI.

Huerta Pérez subrayó la vida llena de contratiempos y angustias de doña Margarita Maza de Juárez, y de la colaboración tan valiosa que prestó a su marido, alentándolo en todas las circunstancias para mantenerse firme en la lucha que había abrazado los principios de la Reforma y para salvar nuestra independencia. En una de las partes de su discurso tuvo esta frase: "Si ambos, doña Margarita y don Benito, vivieron y sufrieron juntos, es de plena justicia que sus nombres queden grabados en esta Cámara, uno al lado del otro, para que la posteridad pueda rendirles homenaje de modo conjunto, en la misma profunda comunión que los enlazó en vida."

Zárate Aquino hizo una pormenorizada descripción de las condiciones sociales en que se conocieron Juárez y quien sería su esposa, y narró después la vida llena de contratiempos y sobresaltos que la ilustre dama iba a llevar por largos años, sin que su ánimo jamás declinara, ni su cariño y solidaridad con Juárez se viesen amonados en ninguna forma.

Justina Vasconcelos de Berges habló de doña Margarita como ejemplo de la entrega apasionada y silenciosa que una mujer hace de su capacidad, su sacrificio y su vida toda en aras de los deberes matrimoniales y de su amor a la Patria.

Momento solemne en que el diputado Alfonso Martínez Domínguez y el senador Manuel M. Moreno, develan el nombre de doña Margarita Maza de Juárez, inscrito con letras de oro en los muros del Salón de Sesiones de la Cámara de Diputados. La develación fue seguida de una emocionada ovación de todos los legisladores

HEROES
TEPEC
VAREZ
TIN
ARIAS
IO
LAVE
SCO
CO.
ARIA
AGA.
IES
VA ROO

ENITO JUAREZ
ARBITA MAZA
D. JUAREZ
LCHOR OCAMPO
NTOS DECOLLADO
RIANO ESCOBEDO
A LOS
VENCEDORES
EN QUERETARO
EN 1867.
FRANCISCO
I MADERO.
ALVARO OBREGON
FELIPE CARRILLO
FUERTO.
VENUSTIANO
CARRANZA.
EMILIANO ZAPATA
AQUILES SERDAN
BELISARIO DOMINGUEZ
FRANCISCO VILLA



DEVELACION DEL NOMBRE

Aprobada también la iniciativa por el H. Senado de la República y publicado el decreto respectivo en el "Diario Oficial" de la Federación, en sesión de Congreso General del 31 de diciembre fue develado el nombre de doña Margarita Maza de Juárez, inscrito con letras de oro al lado del de su ilustre esposo y junto a los de otros próceres que forman el retablo cívico en el recinto de la Cámara de Diputados.

En un acto solemnísimó que emocionó profundamente a todos los asistentes, y ante la presencia de varios descendientes de don Benito Juárez, la develación fue hecha por el diputado Alfonso Martínez Domínguez y el senador Manuel M. Moreno, presidentes de la respectiva Gran Comisión de su Cámara.

Al aparecer el nombre de doña Margarita Maza de Juárez, una ovación que parecía interminable y en la que palpitaban el respeto y la admiración emocionados de los legisladores, sacudió el recinto parlamentario.

En seguida abordaron la tribuna el senador Rodolfo Sandoval López y la diputada Fidelia Sánchez de Mendiburu.

El senador Sandoval López dijo lo siguiente en la parte medular de su discurso:

"A Margarita Maza de Juárez le tocó tributar⁴ su sacrificio en la larga, dramática, pero fecunda etapa de nuestra historia que culminó con el triunfo de la República. Y fue el siempre amoroso apoyo del gran republicano, durante su lucha áspera, paciente, difícil.

"La unánime aprobación de este homenaje que exalta a los ojos de la Nación a un alto ejemplo de las virtudes de la mujer mexicana ya son compartidos por la Nación entera".

Por su parte la diputada Sánchez de Mendiburu, entre otros conceptos, expresó el siguiente:

"Doña Margarita encarna también la íntima solidaridad. Su vida es una lección, vida de generosa comprensión. No es fácil amalgamar tantas virtudes. Es la gran dama de su hogar. ¡Qué sencillo es decirlo, pero qué difícil vivir entre tantas lágrimas, entre tantas zozobras, entre tantas incomprendiones, entre tanta angustia! Ser la esposa del hombre que concibe y construye un país nuevo sobre el México desorganizado y caótico de la primera mitad del siglo pasado, es desafiar todo un mundo para construir

otro nuevo; ser la compañera de ese hombre, significa templanza que derrumba toda duda y es ternura que conmueve, convence y emociona hasta a los más escépticos”.

De esta manera, el nombre de doña Margarita Maza de Juárez quedó junto al de su esposo en el recinto de la Representación Nacional, para que unidos, como estuvieron y lucharon en vida, reciban el perenne homenaje del pueblo de México.

DOS NOMBRES EN LETRAS DE ORO

Por el Dip. Andrés Henestrosa.

“¡MARGARITA! Esta corbata . . .” Es la corbata de moño, de mariposa o de dos alas, que el indio no sabe anudar. Es Juárez que no sabe gobernarse con estos minúsculos aditamentos occidentales, siendo que es descendiente de orives, de orífices, de joyeros de portentosa habilidad y pericia manual.

Y Margarita Maza acude solícita y le anuda la corbata en un santiamén, no sin decirle: “¡Qué inútil eres, Juárez!” Y la voz de la mujer lo envuelve, lo pacifica, lo devuelve a su niñez montaraz, cuando pastor de ovejas, todavía no asoma en su mente la idea de abandonar el pueblo y el lago de su pueblo. Su grandeza se humilla, claudica su voluntad ante la presencia de la esposa que lo salva de aquel cotidiano trance. Están el uno frente al otro, los ojos en los ojos. Juárez, con ser de baja estatura aparece gigante ante los ojos de Margarita. Ella, con ser más alta, está al nivel de su pecho, que era donde ella quería estar: a la altura de su corazón.

Retengamos esta imagen, este cuadro. Porque vamos a verlo repetirse a lo largo de la vida de Benito Juárez y de Margarita Maza. El roble, el pino altivo, no están libres de los embates del viento, de los rigores de la tormenta. Se desgaja el roble. Gime el pino. Más de una vez, en la intimidad del hogar, la cabeza del indio se abatió en los hombros y el regazo de la mujer blanca. En las líneas de las cartas privadas, Juárez buscó el consejo y el concurso de la esposa, y los hubo pronto, pertinentes, sabios. Más de una vez, también, Margarita lo riñó, con dulzura. Porque nunca hubo hombre grande que no tuviera junto a sí a una mujer: madre, esposa, hija, amiga. Son ellas, dijo Larra, las que procuran la fama. Y si quieres saber lo que es debido hacer en cada caso, ve a la tierra de las mujeres.

* * *

Juárez llega a la ciudad de Oaxaca muy niño, cuando apenas va a traspasar la adolescencia. Una hermana suya es cocinera de casa rica; conoce la dirección pero desconoce la ciudad; toca todas las puertas, al parecer buscando a Josefa, en rigor buscándose, a ver en dónde se responde a sí mismo, en espera de que salga a abrirle aquel que va a ser en el futuro. Cuando Josefa le abre, se abrazan y lloran: la vieja creencia india de que un dolor no queda liquidado hasta que no se llora juntos, se repite. Siente el indiecito sobre la cabeza las manos de la hermana, ingravidas pese a las duras tareas a que están sujetas. Lo introduce al hogar de Antonio Maza, apodado "El Gachupín", aunque es genovés de origen, pues en los pueblos y en el idioma de Juárez, gachupín, blanco, español, patrón, autoridad, es todo uno. Josefa le da la primera lección de urbanidad. Juárez se cruza de brazos, se inclina, que es como los zapotecas saludan. No olvidará el niño Benito esa primera lección, aprendida de una mujer.

* * *

Nadie le dijera que aquella casa de techos tan altos, de puertas tan amplias, que le acogía, y en la que vivió durante los primeros días de su estancia en Oaxaca, le reservaba la dicha mayor de su vida: allí, unos cuantos años después de su llegada a la ciudad, nació Margarita Maza Parada, en 1826, al tiempo que Juárez se graduaba bachiller. La vio en la cuna; desde el comedor y el patio, mientras visitaba la casa de su primer protector, habría escuchado su llanto. Acaso mientras la pilmama la adormeciera con arrullos indios, la viera sonreír. Asistió Juárez al crecimiento de Margarita, testigo fue de su niñez y su adolescencia. ¿En qué momento apareció en la mente del indio huérfano la idea de casarse con aquella mujer blanca? ¿En qué instante Margarita se enamora de la hermosa fealdad de Juárez? Misterios son del corazón que nadie puede penetrar. Pero así fue.

* * *

¿Qué ve Margarita en el indio callado, silencioso, sólo atento a su voz interior? No ve, adivina. Juárez calla, que es su manera de hablar. Margarita interpreta, oye el silencio de su corazón.

¿Qué impulsó al indio de la tez de bronce, de ojos negros, de cabello hirsuto hacia la mujer blanca, de ojos celestes, de cabellos dorados? Eso, justamente eso. El quería mezclar su sangre, como había mezclado su cultura, su formación, su lengua india con la lengua blanca. ¿Qué indujo a Margarita a enamorarse del indio tachado de feo, de hereje, de libertino, contra-

diciendo toda la historia de su pueblo y de su familia? Fue su fama, su gloria incipiente, la condición de modelo y dechado de que ya comenzaba a gozar. "Honrado como Juárez", "Inteligente como Juárez". Pero, sobre todo, el peligro en que vivía. Los que peligran reclaman el amor de una mujer, su cercanía, su protección, su amparo. Y Margarita Maza, por encima de todas las barreras, de todos los prejuicios, de todas las desventuras de que estaba cierta la esperaban, casó con el indio. Ya su nombre corre en Oaxaca de boca en boca, se le ve pasar por calles y jardines; se le oye hablar en su idioma nativo con sus paisanos; muchos buscan su amistad y la proclaman: son los liberales, sus partidarios; otros lo rehúyen, lo condenan, lo proscriben, le echan en cara sus orígenes. La fama traspone los muros del Instituto y se propaga por la ciudad, el valle, la sierra. De la última silla que ocupó por su calidad de "niño sin razón", pasa a ocupar la primera que el niño de razón ocupaba pero que no supo la lección del día.

Cuando Margarita Maza tenía diecisiete años y Benito Juárez treinta y siete, se casaron, en 1843.

* * *

Aquellos primeros años de su matrimonio fueron los únicos que vivieron juntos, si bien en medio de persecuciones, extrañamientos, cárceles. A la mesa llega escaso pan, falta abrigo, los niños carecen de vestido. Margarita cose ajeno, abre un estanquillo, al propio tiempo que guarda la casa y cría a los hijos. Meramente una matrona romana hila y guarda su casa. Como su marido más tarde vivirá de torcer cigarros, Margarita los vende para mantener a su familia.

La vida es cada vez más dura, cada día más cargada de pesares. Juárez preso o desterrado, pero siempre ausente. Nueva Paula Albarracín, Margarita Maza atraviesa la sierra, recorre los llanos, escala las cumbres para ir a ver a su marido, como aquélla al hijo.

No hay sacrificio que esquive, que rehuya, que no acepte con mansedumbre, porque sabe que en todo está la suerte de la patria, a la que su marido todo supedita, hasta el amor a la familia, de por medio. Es necesario que Juárez viva para su causa, que es la de todos, en primer lugar la de sus hijos. Por eso cuida que ninguna otra cosa lo inquiete, lo distraiga de la gran tarea de salvar a su pueblo. Cuando el hijo adorado, la esperanza del padre, muere, le oculta la noticia, quiere dársela a pequeños sorbos, Juárez adivina la verdad, y llora. Porque nunca fue cierto que fuera impasible, como él mismo decía. No se alteraba su rostro, pero se removía su corazón, como escribió Justo Sierra.

* * *

Al triunfo de la República, Margarita Maza de Juárez vuelve del largo destierro. En el trayecto a la capital se le rinden honores, que recibe con humildad, como no debidos a ella, sino a la República triunfante. Sólo otros cuantos años vivirán juntos, en Palacio. Cuando muere Margarita, Benito Juárez llora un instante; luego, vuelve a aquella resignación que conservó de su raza, ordena el sepelio sin mayores pompas, para que la humildad de Margarita no padeciera.

Mujer era de verdad extraordinaria. No menor que su glorioso marido, de cuya historia participa legítimamente. Como las mujeres antiguas, como las madres mexicanas, no hubo dolor ni sacrificio que no aceptara si en ello estaba de por medio la suerte de su marido, de su casa y de su pueblo. Quiso vivir en su casa entregada a las tareas de madre y de esposa. Las circunstancias de su vida no se lo permitieron. Y ahora se escribe con letras de oro su nombre en los muros de la Cámara de Diputados. Ella que siempre anheló permanecer oculta, y hasta se diría que olvidada. Ya para siempre junto al nombre de Benito Juárez.

* * *



IMPRESA DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS